

Afro-reparaciones en tierras de comunidades negras: Vuelta de Candelilla, Tumaco

LUIS ALFONSO RAMÍREZ VIDAL

Resumen

La transformación del paisaje por el cultivo de la palma africana en el Pacífico sur ha conducido a la pérdida continua de los conocimientos sobre los regímenes de producción alimentaria allí donde la oleaginosa se ha sembrado. La antropología de la alimentación ofrece un campo de análisis para estudiar la manera como el Pacífico es pensado, en cuanto a su biodiversidad y su desarrollo, en los centros de poder.

Palabras clave: Tumaco, desarrollo, Antropología de la alimentación, palma africana, don Francisco, biodiversidad

Preámbulo

A partir del estudio del universo alimentario de la vereda Vuelta de Candelilla, municipio de Tumaco, intentaré dar cuenta de las nuevas dinámicas sociales, económicas y culturales surgidas en el Pacífico sur colombiano a partir de las políticas y los planes de desarrollo que se vienen implementado en el área del cultivo de la palma africana. Cuando realicé el trabajo de campo —esto es, en 1997 y 1998—, el estudio de las comunidades negras de esta zona del país era prácticamente nulo. Eduardo Restrepo (2004) ha realizado un trabajo exhaustivo en el cual hace un balance de estos estudios. Para esta publicación he vuelto sobre el texto que dejé inconcluso por años. En la monografía de la que extraigo este resumen dediqué páginas a la ley 70 de 1993 y a sus vicisitudes y avatares. Creo que los estudios de las comunidades negras han superado su primera etapa, coronada con algunos logros, por ejemplo en etnoeducación. Esta es la razón por la cual aquí apenas menciono dicha ley pese a la importancia y la trascendencia que tiene para los afrocolombianos y para los tumaqueños en concreto.

A finales de 1999 viajé nuevamente al lugar que antaño me había albergado para hacer el trabajo de grado. Desafortunadamente, mis predicciones —que fueron tan sólo eso— se cumplieron a cabalidad: la empresa Palmeiras se adueñó del margen derecho de la vereda, y ahora los afrotumaqueños que habitaban las márgenes del río Mira, en especial la vereda Vuelta de Candelilla, son otros parias en sus propias tierras.

La alimentación es el eje a lo largo del cual se observará la presión a la que está sometida buena parte de los habitantes que ocupan la región; estudiándola podremos ver la negación del Otro en aras del progreso.

De este modo, la alimentación se constituye en una experiencia de reivindicación del territorio y del derecho a la diferencia. Este acto, el de alimentarse, ha de servir necesariamente como punto de apoyo para comprender y analizar las profundas transformaciones que se están presentando en la vereda Vuelta de Candelilla en los planos social, económico y simbólico. Así, en “nombre de él [el desarrollo], se ha contribuido a aniquilar concepciones y prácticas que pueden ser alternativas para la región y la nación al menoscabo de la identidad y,

con ello, de la capacidad de estos pueblos para autodefinir proyectos de vida desde sus particularidades” (Hurtado 1996: 336).

Además, el Estado ha promovido la idea de que las prácticas culturales tradicionales del Pacífico no propician el desarrollo y, en cierta medida, lo atrasan. Pero esto no deja de ser un sofisma, pues, como bien lo ha dicho Cheikh Anta Diop, “borrar, destruir la conciencia histórica de la gente ha sido parte de las técnicas de colonización, sumisión y embrutecimiento de los pueblos” (cit. en Friedemann y Arocha 1993: 160).

El desarrollo no puede volverse una amenaza para las gentes del lugar ni, mucho menos, debe ser un proceso que justifique su desaparición. Bajo su nombre no pueden quedar sepultados siglos de lucha y conquista. Hasta allí no pueden llegar las imposiciones del resto de la nación y sus imaginarios de progreso y bienestar; de permitirlo interferiríamos en una de las formas más originales de vivir. De hecho, el desarrollo se puede volver el modo más mordaz de dar al traste con reivindicaciones sobre el territorio. Arturo Escobar (1997: 188) nos dice que “hay una conexión entre historia, identidad y significados, que regulan las prácticas ambientales locales. Casi siempre uno encuentra en los bosques tropicales del mundo que los patrones de significado-uso dan cuenta de las prácticas sobre la naturaleza, las cuales son ostensiblemente diferentes de aquellas típicas de la modernidad occidental”.

Se ve, entonces, la influencia que tienen estos procesos de autorreconocimiento sobre el aspecto de la alimentación. Ella no es ajena a las luchas por la tierra y la diferencia; mucho menos es posible separar de la alimentación las acciones del desarrollo. Todo lo que se haga en lo segundo se reflejará necesariamente en lo primero. De esta manera, la alimentación se hace un catalizador del desarrollo y de la penetración cultural a los que son sometidas las minorías bajo el modelo de modernización de las naciones.

Planteado en términos que no contemplen los modos de vida del hombre del Pacífico y su entorno ni partan de los conocimientos locales, el desarrollo llevará irremediamente al fracaso de cualquier tipo de acción que se emprenda. Al indagar al respecto se perciben de inmediato dos tipos de propuestas de desarrollo: una toma forma en el Estado bajo la capitania del modelo neoliberal; la otra es la que se encuentra en las prácticas de sostenibilidad y equilibrio ambiental.

Historia de un encuentro

Bien: yo respeto a mi modo brutal, un modo humilde para los infelices, e implacable para los poderosos, yo respeto cuanta desdicha, en ropas de amargura, sufre de hambre de boca y hambre de alma.

Verso duro, es verdad; verdad muy dura: –Tal como es la verdad, tal es el verso.

Yo no sé de dorados y barnices. El vil es vil, aunque reparta honores, aunque dé caviar a los hambrientos en manteles manchados a la inversa. Aunque en la blanca superficie ostenten sobre un albor de leche plata pura: Mi Corazón está con los que sufren!

José Martí

Yo había llegado a Tumaco en septiembre de 1997 en una misión simple: recolectar algunas plantas para el herbario de la Universidad de Antioquia. La universidad, recuerdo, le había hecho este ofrecimiento a varios estudiantes de antropología, pero la invitación no encontró eco: que Tumaco quedaba demasiado lejos, a veintiocho horas mal contadas desde Medellín, fue la razón que esgrimieron algunos de mis compañeros de clase. Hice mis valijas casi sin pensarlo: un poco de aventura no me vendría mal, además de que estaba urgido de tema para graduarme como antropólogo. El profesor que sirvió de contacto me dijo: “Allí te recibirá un negro¹, y seguro que encontrarás algo de interés para la tesis”. Llegué puntual a la terminal de transportes.

Nunca había estado tanto tiempo sentado: medio país desfiló por las distintas ventanillas de los carros que me llevaron a Tumaco. Finalmente, en el puerto – ¡oh sorpresa: allí todos eran negros! –, comprendí por primera vez lo que es ser minoría étnica. En tal situación pasé, por la simple curiosidad que me había motivado a emprender ese viaje, a ser el Otro: encarnaba la *alteridad* de una manera extraordinaria. No llevaba allí dos minutos cuando uno de los negros, enorme y de manos inmensas, se acercó. Era José Santos, joven líder comunitario de la zona. Yo sólo quería reponer fuerzas, pero José, sin pensarlo, me invitó a un “alabao” en la parte media del río Mira. Fue mi rito de iniciación a la cultura afro-tumaqueña.

El Pacífico y sus habitantes se habían puesto de moda a raíz de la ley 70 de 1993. Reuniones permanentes se hacían en el Palenque de Nariño para discutir

¹ Emplearé el término *negro* siguiendo a Peter Wade (1997: 20).

asuntos de titulación colectiva de tierras de comunidades negras. Las Constituciones anteriores a la de 1991 habían llamado “baldías” a estas tierras –las obras de Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha analizan profundamente este fenómeno–, hecho que revelaba un profundo desconocimiento de la cultura negra del Pacífico y de sus gentes. De manera que este era un momento crucial para la historia de la región: por primera vez, sus habitantes contaban con la titulación de sus tierras, de manera o bien colectiva o bien individual.

En Tumaco no era yo el único que buscaba tema para una tesis; otros también estaban a la caza de información. Recuerdo que en aquel tiempo –enero de 1997– hubo una Consultiva Departamental de Comunidades Negra en el Palenque de Nariño y que uno de sus representantes instigaba permanentemente a los otros consultivos a cuidarse y no dar ningún tipo de información a investigadores, científicos sociales y tesisistas. Argumentaba que “ellos” se llevaban la información, saqueaban los recursos y no volvían una vez tenían lo que querían. Como yo estaba presente, los consultivos clavaron sin disimular sus miradas en mí. Hubiera querido pasar desapercibido –“que la tierra me trague”–, pues era claro que yo era uno de esos “ellos”. A la salida, José me presentó a don Francisco Hurtado.

Don Francisco era alto, delgado, de dientes blanquísimos y de mucho temperamento; un hombre con el cual se podía conversar por horas sin aburrirse, educado y ceñido a la norma, producto, tal vez, de años de trabajo comunitario y de peleas con el Estado. Con financiamiento del gobierno holandés había llevado energía eléctrica producida en paneles solares a veintidós casas de la vereda: “Esto no daña el medio ambiente porque no hay que tumbar los árboles y pasar cables por todas partes”. Cuando él contó esto me acordé de la historia de Arquímedes en la bañera. ¡Eureka!: ahí estaba la pregunta de investigación. Con respeto le manifesté mi deseo de hacer una tesis sobre cambio tecnológico, alimentación e identidad en la vereda. Me dijo que le parecía bien, siempre y cuando el trabajo le reportara algún tipo de beneficio a la comunidad; específicamente, al proceso de titulación. El desarrollo de la monografía debería también crear espacios de reflexión sobre el presente y el futuro de la vereda.

Apresuré mi recolección de plantas y regresé a Medellín.

Me preguntaba: ¿hasta qué punto y de qué manera había cambiado la conducta alimentaria de la gente de la vereda después de la instalación de los paneles solares?, ¿qué tipos de relaciones había generado esto en el manejo del bosque, el río y el mar?, ¿es posible mantener viva una identidad a través de la

alimentación?, ¿cómo incidía una nueva tecnología en el comportamiento de las gentes de la vereda?, ¿qué cambios habían ocurrido desde la instalación de los paneles solares hasta el momento?

A raíz de esta innovación tecnológica estructuré una serie de inquietudes no sólo acerca del aspecto puramente alimentario sino también en otros niveles.

La implementación y la apropiación de estas tecnologías eran un asunto inquietante y tal vez darían pie a una labor interesante. Pero ¿era esto realmente tan importante como para llevar a cabo un estudio? Tenía la sensación de que los pobladores no le daban la trascendencia que yo veía en ello. Sí, era verdad: todo aquello me había asombrado bastante, pero no dejaba de ser baladí para los habitantes de la vereda. Al menos, eso parecía.

En Medellín volví una y otra vez sobre las fotografías que había tomado durante el viaje mientras recordaba con tremendo pesar toda aquella palma africana que no sólo rodeaba la vereda sino que también, claramente, había llevado a sus habitantes a una nueva esclavitud al cambiar los usos del suelo, las relaciones personales y la unidad familiar. Ahora bien, ¿es posible una titulación colectiva cuando la gente no tiene tierra? Es sencillamente absurdo: sin tierra no hay titulación. Aquí el camino sería la titulación individual. La ley podía existir, pero sin tierra sería una ilusión, una utopía. Además, “sembrar palma es sembrar hambre”, como lo había expresado don Francisco en las reuniones con otros líderes de la vereda. Ellos lo sabían; al fin y al cabo se come yuca, maíz, plátano, arroz, frutas, más no aceite ni, mucho menos, pepa de palma. Sus tierras estaban siendo invadidas por una planta que los dejaba sin animales de monte y contaminaba el agua del río. Por si fuera poco, en época de fumigación y durante algunas horas de la tarde las plantas exhalaban un hedor insoportable sobre la zona de carretera.

De todo esto quedaba claro que la alimentación y la cocina, al parecer, había sufrido muchos más cambios por el cultivo de la palma que por la implementación de la energía solar. El cultivo se había convertido en una amenaza constante para la permanencia de esta comunidad en la vereda; de hecho, la gente estaba vendiendo la tierra o la había abandonado por la presión que la empresa Palmeiras ejercía sobre sus predios. Las empresas palmicultoras se habían transformado en el nuevo símbolo de la penetración cultural mestiza y blanca. La conquista que habían hecho los grupos afrocolombianos² de su medio se en-

² Ver Jaime Arocha Rodríguez (1999).

contraba seriamente amenazada y pasaba por una profunda transformación en los niveles socioeconómico y cultural.

Para mí era claro además que la alimentación es uno de los soportes fundamentales de parte del conocimiento ancestral del afrocolombiano –y, en general, del de cualquier cultura o nación– y que en la vereda esta práctica cultural sufría cambios drásticos. La alimentación es efecto y causa de procesos de conquista del medio físico y simbólico, lograda a lo largo del tiempo por todos los grupos culturales, de manera que “cambiar bruscamente los entornos, los ritmos de vida y la relación productiva, hace cambiar la visión del mundo, la estructura social y, por supuesto, todos los valores y símbolos que constituyen el ámbito de una cultura” (Vanin 1993: 557).

Pese a la profunda tristeza que me causó la muerte de don Francisco, para mí fue mucho más interesante y productivo el ejercicio investigativo al tomar como punto de análisis el estudio del impacto del cultivo de la palma africana en la vereda Vuelta de Candelilla. Don Francisco conocía mejor que yo la importancia de esta nueva perspectiva de investigación. ¿Por qué no me lo dijo directamente? Creo saber la razón: tal vez yo habría corrido su misma suerte. Quizás por esto mismo nunca me dejó solo durante el trabajo de campo. Estoy seguro de que habría disfrutado mucho la lectura de estas páginas, que no son más que un reconocimiento, tardío en verdad, a su incesante lucha por los derechos de los afrotumaqueños de la zona media del río Mira. Esta breve historia de la resistencia en pro de los derechos de los negros del Pacífico sur desea ser un agradecimiento permanente a él, no importa que ya no nos acompañe. Para mí, él siempre estará ahí.

Memoria, identidad y Antropología de la alimentación

La monotonía del régimen alimentario siempre es un peligro para la supervivencia de los individuos. No sólo porque una dieta variada es la única que permite un desarrollo equilibrado del organismo, sino por la propia seguridad de disponer de comida, que es mayor cuanto más variado sea el abanico de recursos

M. Montanari

El estudio del hecho de cocinar les ha permitido a los antropólogos evaluar y rastrear grados de complejidad dentro de cada sociedad, pues este acto, racional como pocos, ha hecho posible, a lo largo de los años, domesticar el “pensa-

miento salvaje” y crear formas de comunicación paralelas y alternas a la escritura, la música, el vestido, la danza, la pintura u otras maneras de representar y aprehender la realidad.

En efecto, cocinar ha desempeñado un papel protagónico en el devenir de la cultura, pues, como lo ha probado la paleoantropología, a todo cambio de dieta lo suceden gradualmente cambios físicos, de modo tal que a la alimentación no sólo le debemos el mantenimiento mismo de nuestra existencia sino también los cambios de nuestra propia estructura corporal y, sumados a estos, los que se han dado en el paisaje, la historia, las creencias, etc. Comer y lo que ello implica han cumplido un papel fundamental en nuestras relaciones con los otros y con lo Otro.

La alimentación es un mecanismo de retención de memoria cultural en cuanto en ella intervienen procesos de enseñanza asociados a la producción, la distribución, el consumo y el tratamiento de los desechos. La alimentación se ofrece también como un mecanismo significativamente relevante de defensa y mantenimiento de los valores de las comunidades tradicionales, como ocurre específicamente entre las que habitan en las riberas del río Mira.

Debe matizarse igualmente la articulación de la alimentación con los distintos espacios humanos. En efecto, y sin duda alguna, la alimentación refleja como ningún otro acontecimiento el territorio, el paisaje y la geografía del grupo que se alimenta; en suma, la totalidad de la sociedad, su aquí y ahora, pero también su pasado: la historia se ha sazonado con las más variadas especies de la humanidad: el bárbaro y el civilizado, el ateo y el creyente, la ramera y la santa, el ignorante y el intelectual... ¡Todos, sin excepción alguna, han reverenciado, a su manera y según la época, el fondo de la olla!

Reseña de la presencia del cultivo de la palma africana en Colombia

El cultivo de la palma africana (*Elaeis guineensis*) en el país fue orientado por el ICA. El ente gubernamental facilitó su implantación en la región de Tumaco, pues “todos sus servicios investigativos y de asistencia técnica estuvieron orientados hacia este sector mientras los cultivos tradicionales fueron relegados a otro plano” (Angulo 1996: 12-13).

Para finales de la década del cincuenta (1958) llegó al país Maurice Ferrand.

Se trata de un experto de la FAO. Como consejero y asesor del gobierno en la elaboración de un programa tendiente a fomentar y desarrollar la producción de las plantas oleaginosas, particularmente, la palma africana de aceite, por ese entonces conocida como la “reina de las oleaginosas” [...]. El Sr. Ferrand habría de pasar buena parte de su tiempo en Colombia, en “la región atrasada de Tumaco”, en donde encuentra “suelos que pertenecen a la categoría de los más fértiles que se pueden encontrar en las regiones tropicales” (Escobar, 1996: 109).

Escobar nos dice además que “Maurice Ferrand no era el primero en hablar de palma de aceite en Colombia. Las primeras semillas de esta oleaginosa habían sido introducidas al país en 1932 por el director del Jardín Botánico de Bruselas. Desde los jardines botánicos en las metrópolis –de Francia y Bélgica– la semilla se esparce por los territorios coloniales, incluyendo a la América tropical” (ibíd.: 111).

Estas visitas al país tenían como fin alentar rápidamente el cultivo de la palma. Sin embargo, los intentos del ICA de convencer a los agricultores de la región encontraron resistencia en más de una ocasión.

Hay opiniones encontradas sobre las bondades del cultivo de la palma. Absalón Machado (1993: 675) dice: “Las condiciones climáticas de la región favorecen la productividad de la palma, ya que las lluvias, el sol y la temperatura, principales factores que inciden en la fotosíntesis, no tienen estacionalidad marcada y se presentan en forma regulada todos los días del año”.

Pero, de otro lado, Enrique Pérez Arbeláez (1994: 573) comenta: “El inconveniente que se ha hallado a una agricultura extensiva de la palma de aceite africana es doble: el costo de la maquinaria y el que las semillas han de beneficiarse en seguida de tumbarlas del árbol, porque el aceite se rancia en ellas con rapidez. En la Granja de Palmira se ha encontrado que la palma de aceite africana en suelos húmedos pierde pronto su fertilidad”.

Las opiniones de expertos evidencian los distintos intereses y expectativas que giran alrededor de la planta y su posible manejo en el orden político. Para muchos –es el caso de Machado, por ejemplo–, la planta representa una especie de panacea que servirá para librar a las gentes de esta parte del país del atraso. No hay que negar que el cultivo de la planta trae consigo todo un imaginario de progreso y prosperidad, idea que ha sido el “gancho” para que el campesino de la región opte, cuando se le permite, por cultivar la planta. Otra cosa es la realidad de dicho cultivo: “La mayoría de la gente está trabajando en las

palmicultoras en condiciones deplorables. Pero la gente ya empieza a pensar qué hizo con la tierra que tenía, donde sembraba lo que necesitaba; es triste porque saben que hoy en día no pueden siquiera comerse un buen plátano. La gente sabe que perdió la tierra y con ella la vida” (entrevista a Mercedes Balanta, en Escobar y Pedrosa 1996: 281).

Hay quienes son más cautos cuando se trata de opinar sobre dicho cultivo, pues, para hacer cualquier tipo de juicio medianamente justo, es necesario conocer de cerca la vida del campesino bajo las condiciones de trabajo de las empresas palmicultoras:

Las condiciones laborales son difíciles, la jornada de trabajo se inicia a las 7:00 a.m.; a las 12:30 p.m. se almuerza y se descansa hasta la 1:30 p.m. que se reinician las labores, hasta las 5:00 p.m. que termina la jornada. Luego deben transportarse desde la plantación hasta su lugar de residencia. Para los que trabajan en las plantas extractoras las condiciones empeoran los días en que hay proceso, pues la jornada laboral se extiende hasta por 18 horas continuas. Hay muchos casos de trabajadores que van desde las veredas de la zona de la carretera a trabajar a las empresas palmicultoras; para evitar el gasto de tiempo en transporte algunos se mudan con sus familias al poblado más cercano a la empresa, por esto, las comunidades vecinas han tenido un crecimiento inesperado (Angulo, 1996: 34).

Es fácil comprender por qué en Vuelta de Candelilla las labores agrícolas primarias, digamos de subsistencia, fueron abandonadas, aparentemente, con tanta facilidad. Sencillamente, al campesino no le queda tiempo de cultivar su propia tierra. El arroz y otros productos ya no se tienen porque los hombres están en las empresas palmicultoras. La agricultura demanda mucho tiempo y éste ya no se tiene; tampoco queda tiempo para la pesca. Y las mujeres deben llevarles las viandas a sus maridos a distancias impensables. Antes se decía que en la vereda se comía cuando había y a la hora que se quería. Ya no: los horarios de la empresa son los horarios de la vereda. El comensalismo y las relaciones sociales que generaba la comida han sido resignificadas bajo las lógicas del capital palmicultor.

Los predios se venden porque la gente ve la tenencia de la tierra como algo que obliga a cuidar las plantas y los animales de manera permanente. Aquí se ha de escoger entre trabajar en las plantaciones y dedicarse a las labores del campo o a la pesca. Y se opta por el salario y las “prestaciones” que da la empresa; así se pierde el dominio sobre el terreno propio, y, además, “a medida que la

empresa Palmeiras ha ido expandiendo su plantación, ha ido encerrando a la comunidad, utilizando esto como presión para que vendan su propiedad” (Angulo 1996: 38).

Colombia es, hoy por hoy, el quinto productor mundial de aceite de palma africana: “Esto representa en dólares el 3% del total de sus exportaciones en agricultura. Se trata de una actividad muy significativa que ha transformado el paisaje biocultural” (Escobar 1997: 182).

El impacto de la “civilización” y de la dependencia económica ha consistido en un severo proceso de “deforestación cultural” –para utilizar las palabras de José Santos Caicedo– en la región y en la pérdida de la memoria colectiva y de las tradiciones. La extinción de las plantas medicinales y alimenticias plantea un problema fitogenético, cultural, económico, político, de salud y de seguridad alimentaria (revista *Chinango*, 1: 5).

Aquí es necesario citar la reflexión que hace Enrique Sánchez en su trabajo sobre el río Atrato (1995: 11):

Examinando la historia del Pacífico con los viejos, esta visión de deterioro alimentario adquiere una profunda importancia. “No se puede hablar de autonomía comunitaria si no se tiene el control de nuestro propio sistema alimentario”, alegaba un dirigente de la Asociación Campesina Integral del Atrato, una organización que anda buscando alternativas a los desastres que ocasionó el fomento del monocultivo del arroz con variedades foráneas y altamente dependientes de insumos externos.

El parecido de la situación que se acaba de citar con la de la vereda Vuelta de Candelilla es impresionante, no sólo porque demuestra que la producción inadecuada de productos foráneos termina incidiendo en la vida de las gentes, sino también porque a pesar de que el Pacífico es una de las regiones del país de mayor producción de alimentos, sus habitantes terminan dependiendo, en cuanto a su seguridad alimentaria, de lo llevado de otras regiones, de alimentos que no reflejan en nada el modo de vida del campesino de la región. El mismo autor escribe que, con la desaparición de una variedad de alimento o el olvido de cómo producirlo, se pierden la experiencia y el trabajo acumulado por generaciones de productores que hicieron posible que surgiera determinada variedad y sobreviviera cierta especie, patrimonio vital de las comunidades rurales que, al perderlo, pierden sus sistemas de seguridad alimentaria (Sánchez, 1995: 11).

Recomendaciones para la afromreparación en tierras de cultivo de palma africana en Vuelta de Candelilla

Cabe preguntar si es necesario, lamentablemente, otro choque brutal con la realidad para que la etnografía posmoderna se decida a abrir las ventanas de su claustro y se atreva a mirar qué pasa afuera.

SUSANA B.C. DEVALLE

El marco general en el cual se ha movido este trabajo lleva finalmente a formular la problemática que ha ocasionado la oleaginosa en cuestión. No se trata en ningún momento de decir categóricamente que sobre esta planta recae todo el problema de los cambios de conducta alimentaria de la vereda. Pero es mucho más grave, a mi juicio, ocultar que buena parte de la responsabilidad del daño sobre el ecosistema de la vereda sí se debe al cultivo de la palma africana y a las empresas que han elegido estas tierras para sembrarla. Me parece iluminador y pertinente citar a W. Kula como lo hace el historiador italiano Massimo Montanari, estudioso de la economía europea durante la Edad Media: “Un nuevo alimento significa una nueva producción, y una nueva producción significa un nuevo tipo de relaciones económicas, y por lo tanto una lucha social en torno a las relaciones preexistentes (Montanari 1993: 132), Además, “los modelos de la economía no son universales; pueden ser doblegados, y otros pueden ser inventados. En la base de todo está la vida misma y los deseos colectivos (Guattari, cit. en Escobar y Pedrosa 1996: 25).

Aquí se pone en entredicho el proceso de titulación colectiva, pues ya no hay casi nada que titular y las gentes están vendiendo sus tierras al mejor postor frente al acoso de las empresas, que incluso han llegado a recurrir a la fuerza y al exterminio en un lugar donde no había cementerio porque no había a quién enterrar, pues nadie había muerto. Ahora sí debe tenerse cementerio para lo que se avecina: de hecho, ya lo inauguraron con don Francisco.

Propongo lo siguiente para llevar a cabo una reparación en Vuelta de Candelilla:

- Hay que empezar a hacer tertulias en la vereda, cuyo objetivo básico sea reunir a la gente mayor con las nuevas generaciones e iniciar el rescate de la memoria colectiva, haciendo especial énfasis en el cultivo, el consumo y la preparación de alimentos. Es necesario insistir en que el concepto de comida va atado al de memoria, al de pertenencia y al de patrimonio cultural.

- Es necesario, y de vital importancia, reconocer los productos de la zona. Esto podría hacerse caminando por la vereda e identificando las especies que antaño se consumían. Ojalá estos recorridos se enriquecieran recogiendo paralelamente historias o anécdotas sobre los alimentos.

- El alimento es un mecanismo de defensa de la tierra porque reivindica permanentemente la permanencia del hombre en su entorno tradicional al generar un conocimiento directo de los ciclos de producción de las especies de plantas y animales. Pero, para que esta relación sea efectiva, hay que cultivar la tierra nuevamente con alimentos de la región y cuidar su fauna y su flora. Así se hace la “negación de los monocultivos, [pues] el huerto diversificado materializa la estrategia de la seguridad alimentaria” (Machado 1993: 662). Justamente, la diversidad de cultivos no sólo garantiza la supervivencia del grupo sino que también genera otros tipos de relaciones entre los factores humano y medioambiental.

- La consecuencia inmediata de una mala o regular alimentación es, lógicamente, el deterioro de la salud; por ello es apremiante que en la vereda se hagan jornadas de salud con el propósito de implementar planes preventivos tendientes a controlar enfermedades parasitarias, que ya empiezan a ser frecuentes dentro de la población infantil.

Conclusiones

El cultivo de la palma africana ha ocasionado daños irreparables en todos los ámbitos de la cultura afrotumaqueña y en el medio ambiente de la zona de carretera entre Tumaco y Pasto; ello tiene su origen en el modelo de país pensado en los centros andinos de poder y en las nuevas dinámicas del capital global, que ve en el Pacífico una zona de provisión. De manera que uno de los problemas más graves y urgentes por solucionar es el del impacto de las distintas actividades extractivas, una de las cuales es el cultivo de la palma africana.

Al monocultivo de la palma africana se suma otro problema: el de la transformación de Tumaco en zona de cultivo y puerto de embarque de los derivados de la hoja de coca, proceso que ha generado un incremento del pie de fuerza de los distintos grupos al margen de la ley que se disputan este corredor estratégico para dar realizar sus actividades delictivas. De manera que Tumaco ha conocido en los últimos años un incremento de los índices de violencia, y sus líderes comunitarios y culturales viven otra diáspora y se han visto obligados a dejar sus terruños, con lo que han pasado a engrosar la ya larga lista de los desplazados de Colombia. Esta guerra ha impactado y deteriorado de manera directa y

drástica el consumo y los hábitos alimentarios de quienes han decidido quedarse. La guerra es un factor de cambio alimentario y de resignificación cultural (Mintz 2003) que hace imposible conservar y salvaguardar los elementos del orden identitario de las víctimas de la violencia.

Bibliografía

- Angulo, Nianza del C. 1996. *Los impactos socioculturales causados por las industrias palmicultoras y camaroneras en el municipio de Tumaco*. Proyecto Biopacífico. Tumaco, Ministerio del Medio Ambiente – PNUD.
- Arocha, Jaime. 1999. *Obligados de Ananse*. Universidad Nacional Colombia, Santa Fe de Bogotá.
- 1988. “Concheras, manglares y organización familiar en Tumaco”: 57-71, en *Identidad y transformación de las Américas*. Bogotá, XLV Congreso Internacional de Americanistas.
- Colombia. Ministerio de Relaciones Exteriores. 1996. *Estrategias de Colombia en el Pacífico*. Bogotá, PNUD-Colpecc-Utopía.
- Contreras, Jesús (comp.). 1995. *Alimentación y cultura*. Barcelona, Universidad de Barcelona.
- Escobar, Arturo. 1996. “Viejas y nuevas formas de capital y los dilemas de la biodiversidad”, en Escobar y Pedrosa, 1996.
- 1997. “Política cultural y biodiversidad: Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano”, en Uribe y Restrepo, 1997.
- y Pedrosa, Álvaro (comps.). 1996. *¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Cerec-Ecofondo.
- “Fedepalma, en expectativa por la crisis asiática”, *El Mundo*, enero 27 de 1998: sección “Economía y negocios”.
- Friedemann, Nina S. de. 1985. “Presencia e invisibilidad del negro en América”: 115-117, en *Identidad y transformación de las Américas*. Bogotá, XLV Congreso de Americanistas.

- y Arocha, Jaime. 1986. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá, Planeta.
- y — 1993. “Marco de referencia histórico-cultural para la ley sobre derechos étnicos de las comunidades negras en Colombia”, *América Negra*, 5.
- Hurtado, Mary Lucía. 1996. “La construcción de una nación multiétnica y pluricultural”, en Escobar y Pedrosa, 1996.
- Machado, Absalón. 1993. “La agricultura del litoral Pacífico”, Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*. T. II. Bogotá, Fondo para la Protección del Medio Ambiente “José Celestino Mutis” – FEN.
- Maya Restrepo, Adriana. 1998. “Afrocolombianos: se lleva la misma sangre”: 13-41, en *Colombia, país de regiones*. Vol. VII, t. IV. Bogotá, Cenep-Colciencias.
- Montanari, Massimo. 1993. *El hambre y la abundancia. Historia y cultura de la alimentación en Europa*. Barcelona, Crítica (Colección “La construcción de Europa”).
- Mosquera, Gilma. 1993. “La vivienda rural en el Chocó”, en Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*. T. II. Bogotá, Fondo para la Protección del Medio Ambiente “José Celestino Mutis” – FEN.
- Mintz, Sydney W. 2003. *Sabor a comida, sabor a libertad. Incursiones en la comida, la cultura y el pasado*. México D.F., Ediciones de la Reina Roja – Ciesas-Conaculta.
- Palacios Preciado, Jorge. 1984. “La esclavitud y la sociedad esclavista”, en *Manual de historia de Colombia*. T. I, cap. LV. Bogotá, Tercer Mundo.
- Pardo, Mauricio. 1996. “Movimientos sociales y relaciones interétnicas”, en Escobar y Pedrosa, 1996.
- Pedrosa, Álvaro. 1996. “La institucionalización del desarrollo”, en Escobar y Pedrosa, 1996.
- Pérez Arbeláez, Enrique. 1994. *Plantas útiles de Colombia*. Medellín, Víctor Hugo.

Ramírez Vidal, Luis A. 2000. "Alimentación, territorio e identidad en la vereda Vuelta de Candelilla". Tesis de grado. Medellín, Universidad de Antioquia, Departamento de Antropología.

"Reconocimiento a las comunidades negras (ley 70)", *Revista Universidad del Valle*, 5: 92-105.

Restrepo, Eduardo. 1996-1997. "Invenções antropológicas del negro", *Revista Colombiana de Antropología*, xxxiii: 234-269.

— 1997. "Afrocolombianos, antropología y proyecto de modernidad en Colombia", en Uribe y Restrepo, 1997.

— 1998. "Identidad y etnicidad de 'comunidad negra': construcción moderna de la alteridad". Ponencia presentada en la Semana de las Identidades (15 de octubre). Medellín, Secretaría de Educación.

— 2004. "Hacia los estudios de las Colombias negras": 127-165, en Mauricio Pardo, Claudia Mosquera et al., *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*, Bogotá, Icanh – Universidad Nacional de Colombia.

Revista *Chinango*, 1: 5.

Revista *Esteros* (separata especial) (1995).

Revista *La Negrita*, 1, 2.

Romero, M. 1993. "Antropología de la nutrición entre los grupos indígenas de Colombia", en *Informes Antropológicos*, 6.

Roux, G. de. 1993. "Historia de una tecnología apropiada", *Revista Universidad del Valle*, 5: 46-50.

Sánchez, Enrique. 1995. "Producción y seguridad alimentaria en el Pacífico colombiano", *El Hilero*.

Vanin, Alfredo. 1993. "Cultura del litoral Pacífico. Todos los mundos son reales", en Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*. T. II. Fondo para la Protección del Medio Ambiente "José Celestino Mutis" – FEN.

Uribe, María Victoria y Restrepo, Eduardo (eds.). 1997. *Antropología en la modernidad* Bogotá, Ican-Guadalupe.

Wade, Peter. 1997. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá.



Foto: Liliana Angulo Cortés